

De cómo se creó el sapo

Cuentan los guaraníes que Tupá, cuando terminó de formar el mundo, se detuvo a descansar un minuto. La luz del sol, recién salido de sus manos, iluminaba la selva. Entre los tonos de verde las flores blancas, rojas y amarillas, los ríos tranquilos reflejaban las nubes cambiando de forma. Pero aún no había animales ni personas. Túpa se dispuso a crear a los seres vivos, con la arcilla negra que había en la orilla del agua. No sabía que Añá, el diablo, vigilaba escondido detrás de los arbustos. Envidioso, Añá veía cómo Tupá toaba arcilla, la modelaba y le hablaba con secretos cariñosos, y cómo, al abrir sus manos, un nuevo ser andaba coleteando, volando o caminando en dos o cuatro patas. El aire se iba llenando de susurros, graznidos, zumbidos, gritos y gruñidos. Y de las amables voces de los guaraníes recién creados. Las aguas se agitaron de peces y hubo un revuelo de plumas, cuando comenzaron a salir de las manos de Tupá las aves de colores.

Añá lo miraba trabajar. Él también quería dar vida a una criatura. Y lo que más deseaba era humillar a Tupá. Haría un pez o un animal terrestre mejor que todos. Para que anduviera por el agua, o por la tierra. Si no había más remedio, haría un pájaro. Aunque el cielo a Añá no le interesaba ni un poquito.

Vio a Tupá tomar un pedacito de arcilla, y él hizo lo mismo. Observó cómo le daba forma entre los dedos y trató de imitarlo. No alcanzaba a escuchar las palabras que Tupá susurraba, pero no le importó. Le dijo a su figura de arcilla que sería inolvidable... y no se equivocó. Tupá abrió las manos y nació mainumby, el colibrí, que volaba y se detenía en el aire, para beber néctar de flores. Tupá lo pintó con los colores más brillantes y, cuando el colibrí recibió la luz del sol se convirtió en un arco iris chiquito.

Añá ardía de celos. Sin darse cuenta, apretó en su puño la figura de arcilla que había hecho. Pero se tranquilizó. Ahora sabría Tupá lo que él era capaz de crear... Ansioso, abrió las manos flacas se quedó mirando el aire, esperando ver unas alas. En cambio, lo que se oyó fue un ¡croac! A sus pies. Sin querer, había creado a cururú, el sapo, que croaba y saltaba a su alrededor. Añá, desalentado, se fue, como siempre, planeando otra maldad. A Tupá le pareció simpático ese

cururú del color de la arcilla, que no sabía si quedarse en la tierra o saltar al agua. Como se había gastado casi todos los colores en el mainumby, lo pintó con los colores que le quedaban: Verde y amarillo. Después lo dejó ir, para que viviera su vida de cantante ronco y enamorado de la luna, entre la tierra y el agua.



